

lógicamente se abandonan como algo vulgar y accesorio cuando se obtiene el total de la obra artística.

María Carolina Geel posee como Huxley la facultad envidiable de hacer irrumpir sus personajes vivos, esculpidos por dentro y por fuera, con una notable economía de técnica. Si hubiera castigado más la divagación y la huella de sus lecturas en su interesante novela que ahora comentamos brevemente, habría perdido esa intempestiva presunción de vidriera erudita, beneficiándose con una profundidad más estática, justa y vigorosa. Aquello que logró el genio de Proust en otro tiempo y con otro ritmo.

CRONICAS DE UN PIMIENTO.

Los hermanos Arteaga Alemparte trazaron en su obra «Los constituyentes de 1870», terribles retratos de los hombres más representativos y poderosos de Chile. Hay uno del Presidente Errázuriz Zañartu tan despiadado que causa asombro.

Don Carlos Vicuña diseña en dos tomos la «Historia de la Tiranía en Chile» y perfila sobre su firma, tremendas figuras, con nombres y apellidos, dirección y fecha de nacimiento. Inserta, además, en uno de estos libros un índice nominativo con el fin de que los propios interesados o sus deudos, se busquen y paladeen su lapidaria silueta.

El anónimo autor de este libro ha preferido refugiarse en el tupido ramaje de un pimiento y desde allí agita su honda, delatando de este modo, en forma experimental, una disconformidad entre sus exigencias catonianas y sus actitudes.

Esta es la primera impresión, de índole puramente ética, que produce este libro. La segunda tiene un carácter social y debe relacionarse con el ánimo frondista del autor, admirador incondicional de los antiguos patrones oligarcas que hablaban poco y que estimaban la preocupación política como un asunto subalterno, digno de la sobremesa, entre macuquerías y boste-

zos, y su clan sanguíneo algo cerrado, hasta donde podía ingresar como gran dádiva el hombre de talento, sin olvidar jamás la despectiva limosna de su matrícula, ni el compromiso de corresponder con servicios útiles. Concepto que en la realidad social de Chile sólo existe en algunas cabezas arcaicas y que mil ejemplos opuestos, de ayer y de hoy, desmienten en forma rotunda.

La tercera impresión de este libro es de carácter estético. Su desarrollo literario tiene un regusto fiambre, de tinta sobre lápiz, en especial cuando el pimiento cronista pretende describir, pergeñando imágenes históricas con vida propia que resultan descoloridas, rancias y asfixiantes. No hay viveza, ni nervio; sugieren, más bien, el desvencijado fragor de los primeros carromatos de sangre que surcaron la Alameda de las Delicias.

Sólo podría concederse al anónimo autor, que acierta cuando hace ensayo, un tipo de ensayo intermedio entre el sermón y la glosa murmurante, pero allí se contradice y aparece aferrado a una concepción histórica falsa, sin perspectivas y valorizada por el exclusivo mérito de su enfático planteamiento y de sus copiosas citas cronológicas.

HISTORIA DE CHILE.

El séptimo tomo de la «Historia de Chile» de don Francisco Antonio Encina, que recién entrega al público la Editorial Nascimento, tiene una característica principal; su extraordinario espíritu de justicia. A tal extremo que el lector atento olvida el libro sobre Portales, debido a la pluma del mismo autor, en cuyo texto se hace descender a nuestro firme estadista criollo de la prosapia de César Borgia en persona.

En cambio, a través del tomo que mencionamos, el afán de ser justo, cronométricamente preciso, y psicológicamente juicioso, va diseñando zonas de real perspectiva humana que, a veces y a causa de esta misma parcelación del trabajo, dejan al